

UNIVERSIDAD DE CUENCA

45742

E861

247



E861.4

45742

1995

m. de 14586
(Lwey)

45742

8861.4
v. 482

ROSAS DE MAYO

PRESENTA



En 1895 -mes de Mayo- Manuel...
pasó en su lucha periodística, para...
muerte, a sus años de niñez y juventud...
abique a su Cuenca clerical para dar...
purgare, el mordaz de corazón. Entonces...
opúsculo MES DE MARIA. Recuerdos de Colegio...

Hoy cumple cien años este opúsculo. Por este...
reconstruimos como ROSAS DE MAYO, para los...
locas que Calle, por esos mismos años, enseñara a su...
madre.

Victor Manuel Guerrero G.
Profesor de la Facultad de Filosofía

4/10 -

Mes de María
(RECUERDOS DE COLEGIO)

Ya las alegrías y juguetonas nutecillas de primera
vara, que revolaban por el firmamento azul, tomando
formas fantásticas y caprichosas, anunciaban el mes de
las flores. ¡Bienvenido, mes de María, mes de
Mayo, el de los castos amores y de las puras
conciencias de la infancia!

Gozosos repican y repican
¡Bienvenido, mes de María, mes de las
flores, en el que la luz da el más ardiente y
seguro calor a la madre que por doquiera el
amor y la



¡Bienvenido, bienvenido, mes de las
flores, en el que la luz da el más ardiente y
seguro calor a la madre que por doquiera el
amor y la

PRESENTACION

En 1895 -mes de Mayo- Manuel J. Calle hacía una
pausa en su lucha periodística, para volver con su me-
moria, a sus años de niñez y juventud. Detenía el
ataque a su Cuenca clerical, para dejar que aflore el ser
humano, el morlaco de corazón. Entonces ofrecía su
opúsculo MES DE MARIA. Recuerdos de Colegio.

Hoy, cumple cien años este opúsculo. Por ello, lo
transcribimos como ROSAS DE MAYO, junto con otras
rosas que Calle, por esos mismos años, ofrendara a su
madre.

Víctor Manuel Quezada O.
Profesor de la Facultad de Filosofía.

ROSAS DE MAYO





PRESENTACION

En 1885 mes de Mayo-Manuel J. Calle hacia una
gases en su lucha periodística para volver con su ma-
morla a sus años de niñez y juventud. Detrás el
ataque a su Oñena clerical, para dejar que aflora el
humano, el másico de corazón. Entonces ofrece su
opéculo: MES DE MARÍA. Recuerdos de Colegio.

Hoy gungla cien años este opéculo. Por ello, lo
transcribimos como ROSAS DE MAYO, junto con otras
fases que Calle por esos mismos años, ofreció a su
madre.

Victor Manuel Guevara O.
Profesor de la Facultad de Filosofía.

Mes de María (RECUERDOS DE COLEGIO)

Ya las alegres y juguetonas nubecillas de primavera, que revolotean por el firmamento azul, tomando formas fantásticas y caprichosas, anuncian la llegada del mes de las flores. ¡Bienvenido, bienvenido, mes de Mayo, el de los castos amores entre los cielos y los puros corazones de la infancia!

Gozosas repican y repican las campanas de la iglesia, llénase el ambiente de perfumes de primavera y púebíense los espacios luminosos de armonías mágicas, dulces e inocentes, que suben a los cielos como la plegaria de las madres y el amor purísimo de los niños.

¡Bienvenido, bienvenido, mes de las serenas alegrías, en el que la luz da el más ardiente y fecundo beso a la madre Naturaleza, haciendo brotar por doquiera el amor y la poesía!

Hoy que la fe de mis primeros años ha enflaquecido entre las amarguras de la dolorosa contienda, ¡con cuánta tristeza vuelvo a saludarte, mes querido! El

tiempo es siempre igual, en su variación incesante: sólo la conciencia cambia.... Al volver la vista atrás, cúbrese el alma de luto, y el corazón de sombras, porque ya no me acompañan, en la jornada, ni la sublime primavera del espíritu ni la santa esperanza de los cielos!

¡Cuánto tiempo ha pasado desde entonces! Y sin embargo aún bate el recuerdo dentro de mi ser, inquieto y bullicioso como un niño consentido; pero recuerdo que gime con acentos de tristeza suprema, niño que lleva ya escaldadas las mejillas por las lágrimas de prematuros dolores.

Todas las flores para la Virgen, hijos míos, todas las luces para ella, puesto que es éste su mes; pero sea la primera de las flores que ofrendéis, vuestro corazón y la luz de vuestra alma inocente la que más resplandezca a los pies de la Soberana de los cielos.

Así nos decía, con acento amoroso el anciano sacerdote que presidía nuestros juegos y vuestras oraciones, las primeras penas de la vida y las primeras labores de la inteligencia.

Y de luces y de flores resplandecía el aula modesta, con sus paredes de yeso adornadas con azules y blancas cortinas que se extendían a lo largo y a lo ancho en caprichosas ondulaciones, cogidas entre sí, con ramos de flores de trapo, atados con cintas de varios colores.

Escándalo de las moscas y telarañas, del alto arrumaco pendían candelabros de latón, pomposamente cubiertos de papel picado, arte en el cual había entre nosotros diestrisimos *compositores*. La malva de olor, la humilde albahaca, los ramos arrancados de los sauces de nuestro río, cubrían las paredes, y junto a las puertas y sobre las estrechas ventanas, inclinábanse en curvas ligeras, en ojivas graciosas, y todo era luz, perfume y alegría.

Y allí, sobre la gran plataforma donde antes estaban el sillón y la mesa del catedrático, levantábase el más lindo y singular altarcito. Festones y cortinas que se cruzan; flores naturales que afrontan con su esplendidez y aroma a sus vecinas, las que fabrican las manos de las monjitas; espejos por todas partes, muñecos, floreros, velas y ramas, formaban un todo alegre y caprichoso. Y en el centro: tocando casi con la cabeza la parte superior del cuarto, la Virgen María, con la sonrisa en los labios,

el amor en la mirada, contemplando a esa pastorcilla que, con un rosario en la mano, yace prosternada a sus pies: Bernardetta. Lleva el vestido de gala: amplísimo manto blanco que le cae desde la cabeza a los tobillos en un millón de pliegues; túnica blanca también, y ceñida la cintura con ancha franja de cinta azul, cuyos lazos enormes acaricia el vientecillo que, penetrando por los rotos cristales de las ventanas, hace vacilar la luz de las bujías que inclinan temblando sus lenguas de fuego, como si murmurasen una silenciosa plegaria.

Sobre los fríos bancos de *adobes* y ladrillos, es-perábamos inquietos y ahogando en el pecho extraños gritos de una alegría loca y retozona, la hora de salida; y hasta entonces nos entreteníamos quien en llenar de tierra los bolsillos del vecino, quien en doblar la hoja del mugriento libro, causa de nuestra desesperación, quien en hacer fisga del profesor, que sentado ante su mesa, acaso más impaciente que nosotros, miraba al descuido en su reloj de plata. De pronto suena la campanada salvadora: sordo rumor se extiende y se propaga por los bancos del aula, rumor apenas contenido por un ademán imperioso del sacerdote: levántase éste, quítase el bonete y exclama: *Ave María, gratia plena...* ¡Todos caemos de rodillas, y elévase la plegaria como un gorjeo de alegres pájaros desde el fondo de un ignorado nido! *Ave María, gratia plena!* Y luego apresuraban las viejas el tardo paso delante del Colegio, y hacían voto de paciencia los indefensos transeúntes; pues temibles eran en la calle, a la hora de salida, esos pájaros escapados de la jaula de la disciplina escolar.

Y vosotros, sábados de Mayo, inolvidables sábados, en los que se abrían nuestras almas, como delicadas sensitivas, a las caricias de una alborada de resplandores inmortales! Entonces, ya no en la estrecha *capilla*, -más parecida al gabinete de una dama por la

luz y los perfumes que chillaban por todas partes; y los indiscretos árboles del jardín vecino que espían la hora del sacrificio sublime inclinando sus ramas sobre los vidrios del altar coquetón y simpático, - sino en el inmediato, grande templo, frío y solitario, hoy en ruinas también, que plegaba sus ojivas majestuosas con solemne pompa, y flechaba a los cielos las cruces de sus cúpulas y campanario, tenía lugar, por la noche, la fiesta casera, ¡fiesta de la Virgen! ¿Por qué? Lo ignora, Pero esa emigración nos helaba la devoción como hacía tiritar nuestro cuerpo el viento frío que se colaba por las ventanas de piedra.

El sacerdote terminaba su panegírico, los ecos se llevaban sus últimas palabras; y de pronto descendía del coro un raudal de armonía, como una cascada de oro, que empezaba por notas fútiles, acordes lentos, y luego iban creciendo, creciendo y propagándose, hasta llenar con potente, con majestuosa voz, todos los ámbitos del solitario templo: acento de oración, lamento de un dolor que se dirige a los cielos; ecos de una esperanza que llora en la peregrinación de la vida.

Entonces me parecía que se apagaban las luces del altar, que huían los santos de sus nichos, y que el templo, alumbrado sólo por la débil luz del crepúsculo que se reflejaba en las doradas alas de los ángeles, se llenaba de sombras vagas, de las almas de los que fueron, y que en lo alto del altar brillaban como dos luceros los ojos de la estatua de la Virgen.... ¡ Cuántas cosas!

Todo esto pensaba, todo esto me imaginaba, mientras voces frescas y atipladas iban cantando, allá arriba en el coro, las letanías de la Madre de Dios, ya alegres, ya tristes, ya solemnes...

¡Oh del alma encantada primavera! Cuán pronto pasas y cuan nunca vuelves al corazón ansioso que te espera!

Al despertar de ese sueño dulcísimo de inocente piedad, hálleme en el camino del desengaño, que velaba silencioso mis pasos, y al arrebatarme todo cuanto amé, dejéme como castigo el recuerdo embriagador de esos benditos tiempos.

Hoy nada de eso existe para mí. Me he sentado al banquete de la vida, y hame emborrachado su vino, envenenándome el alma, obligándome a huir lejos, muy lejos de ese Edén soñado. Ahora que vuelvo la mirada a él, ha desaparecido. Mis pobres compañeros han sido desparramados como las hojas de los árboles: la inocencia se ha ausentado de nuestras almas; y en muchos ¡ay! hasta la esperanza se ha agostado en la ruda peregrinación!

Mayo me ha vuelto los perfumes de antes pero no ha vuelto con ellos la piedad sincera de los primeros días.

¡Oh mes de María, el de los castos amores entre los cielos y los puros corazones de la infancia! Hace ya tiempo que mi alma te dio su postrera despedida: cuando marchitas las últimas ilusiones de la juventud, aprendí a buscar el desengaño como el lenitivo y el consejero en los males de la vida!

Manuel J. Calle
1895

Intima

a mi madre

Esta es la capa de la humana vida; no la llares feliz a quien no prueba de su fondo la hez aborrecida. La miserable carne se subleva y se retuerce al conocerse herida; pero es santo el dolor que nos eleva, y en alas de los grandes desconuelos al sacrificio y al deber nos lleva. Hijo mío, la senda de los cielos es senda de un dolor que purifica y ojos que no lloraron amarguras de un alma noble en esperanza rica, no son dignos de alzarse a las alturas.

Así, la madre mía, a quien la lloro, por mi mal, ausente, con temblorosa voz me dijo un día besándome en la frente. ¿Por qué no le creí? ¿por qué, insensato, al lanzarme en la áspera pendiente del entusiasmo ingrato, de la pasión, de la esperanza loca, no fueron luz de mi fatal destino y guía en mi camino las benditas palabras de su boca?

Mil veces he rodado en la contienda, herido el corazón, el alma muda; sobre mis ojos la traidora duda puso mil veces su infamante venda. Crucé, impaciente, del dolor la senda; holló mi planta el borde del abismo; ¡pero nunca asomaron a mis labios de la resignación y la esperanza las sublimes palabras! Siempre, siempre, oh, desesperación del egoísmo! mi consejero fuiste. Indigna alianza ante el altar del odio y los agravios, celebró mi dolor con la blasfemia y, agotadas las fuentes de mi llanto en la tribulación de la agonía, el del infierno fue, no el dolor santo, el que me atormentaba, ¡madre mía!

¡La paz del corazón bendita sea! Feliz tú si en tu espíritu se abriga: si de la vida en la mortal pelea no te ha faltado el deber la idea ni abandonado la esperanza

amiga; si, deshechas tus bellas ilusiones, extinto ya del entusiasmo el fuego y el corazón exhausto de pasiones, aún en tu Dios el pensamiento pones y abre el labio a fervoroso ruego; si el sollozo oprime tu garganta ni luchas con tus lágrimas a solas, porque la pena que te

aflige es tanta que el grito que del alma se levanta, de tu dolor se anega entre las olas... Feliz! feliz! Mientras que yo, cobarde! al cabo me he rendido en la batalla, y hago ante ti de mi flaqueza alarde... Muy tarde es ya para vencer, muy tarde! ¿En dónde la fe que me infundiste se halla?

Sentir, entre el silencio de la nada, la tentación que nos combate ruda y, -como piedra en el abismo echada,- precipitarse el alma atribulada por la oscura pendiente de la duda; ansiar como consuelo el desengaño, de impotencia rabiar y de deseo, mirar en el amor el propio daño- no poder olvidar... ¡oh, madre! creo que es de la luz la muerte congojosa!. ¡Ay! el dolor sin lágrimas, inerme, el profano dolor, ¡es triste fosa donde en silencio la esperanza duerme!

Y -Vamos adelante!- aún en mi oído tu voz bañada en lágrimas murmura;- llora, hijo mío, porque el llanto cura las llagas del espíritu: el olvido mucho más que la muerte es infecundo, pues, si la pena a dovarar alcanza al par que sobre la íntima congoja, también el polvo de la tumba arroja sobre el don de los cielos: la esperanza...

¡Ah, bien quisiera yo, madre querida, a tu lado volar, pero no puedo!. Cuánta será mi desventura inmensa, la que anubló los días de mi vida, que de pensar en ella tengo miedo, de contártela a ti tengo vergüenza!

Amé y creí; pero la infamia artera veló mi sueño y asechó mis pasos; sorprendiéndome indefenso entre sus lazos, y me tendió cadáver...! ¡Quién pudiera arrancarse del alma la memoria, o cruzar esta vida transitoria en medio de perenne primavera!

Y heme aquí a solas con el alma mía, inundada de sombras la conciencia y yerto el corazón y adolorido, como único consuelo en mi agonía, cual la postrera luz de mi existencia, el olvido, ¡Señor!, ¡dame el olvido!

Manuel J. Calle



ARMONIAS VESPERTINAS

¡Ave María! Se despierta el alma a este rumor sentido, y de esos tiempos de ventura y calma viene un clamor perdido.

Que de otra edad cual eco gemebundo resuena en mi quebranto al par del ¡ay! de mi dolor profundo y envuelto con mi llanto!

¡Ave María! Gemidora nota de más felices días, hoy te recuerdo cuanto el llanto brota de las pupilas mías.

Cual recuerdo feliz de otras edades te expandes en el alma, cual suspiro en las vastas soledades de sempiterna calma.

¡Madre mía! No soy ya el tierno niño que te traía flores y te ofrendaba con filial cariño sus primeros dolores.

Hoy marchita la flor de la inocencia no tengo que ofrendarte, y al embate cruel de mi dolencia el corazón se parte.

¿Ese tiempo qué se hizo de ventura en que a tus pies ponía con místico fervor y con ternura la flor del alma mía?.

Pasó, y el corazón cual flor ajada, y el alma herida y mustia, han quedado en mitad de la jornada a solas con su angustia.

Amigo: si quisiera yo, madre querida, a tu lado
venir, pero no puedo). Cuán triste será mi vida
si me quedo en esta ciudad, que me da pena
de pensar en que tengo miedo de contártela a ti
vergonzosa...

¡Ah, bien quisiera yo, madre querida, a tu lado
venir, pero no puedo). Cuán triste será mi vida
si me quedo en esta ciudad, que me da pena
de pensar en que tengo miedo de contártela a ti
vergonzosa...

Senia, entre el silencio de la noche, la tentación
de la vida que me rodea, y el dolor que me
oprima, me siento como un niño perdido en
el desierto, buscando una luz que me guíe
hacia el hogar que me espera...

Y cuando me acordaba de ti, madre querida,
me venía a la memoria tu voz que me decía:
"Hija mía, no te preocupes, yo estoy contigo
y siempre te cuidaré..."

¡Ah, bien quisiera yo, madre querida, a tu lado
venir, pero no puedo). Cuán triste será mi vida
si me quedo en esta ciudad, que me da pena
de pensar en que tengo miedo de contártela a ti
vergonzosa...

¡OH MARIA! Perdón. Ay, Madre amante! regreso
a ti llorando, con el pecho y el alma palpitante mis culpas
deplorando.

Si hoy no tengo las flores de la infancia, si su
aroma me falta, si de la pena a la cruel constancia el co-
razón se exalta;

Tengo el amargo llanto de mis ojos y mi dolor
profundo. ¡Ay! Madre, romperás tu los cerrojos en que
estoy moribundo.

Y al exhalar, así, mi último aliento, en medio la
agonía, a ti los ojos volveré y mi acento, clamando ¡AVE
MARIA!.

Manuel J. Calle

1966-1918

EL TREINTA DE MAYO
DEL AÑO DEL SEÑOR
DE MIL NOVECIENTOS NOVENTA Y CINCO
SE CELEBRO
POR NONAGESIMO TERCERA OCASION
EN SANTA ANA DE LOS RIOS DE CUENCA
LA FIESTA DE LA MADONA DE LA UNIVERSIDAD,
QUIEN A TRUEQUE DE LA DIVINA DULZURA DE SUS OJOS
SE ALZA SOBRE UN TRONO DE CORAZONES Y DE FLORES
QUE A SUS PLANTAS RIMAN EL POEMA
DE VENTURA Y GRACIA



PUBLICACIONES DEL DEPA
DE LA UNIV

Centro de Documentación "Juan Bautista Vázquez"



045742